

CLÁSICOS DE LA CIENCIA FICCIÓN 01

El metal de la Luna

G.P. SERVISS

CIENCIA FICCIÓN DE 1900



Traducido, anotado y comentado
por Rubene Guirauta

EDICIONES

el

cilindro

EL METAL DE LA LUNA

G.P. Serviss

Ciencia ficción de 1900

CLÁSICOS DE LA CIENCIA FICCIÓN 01

Traducido, anotado y comentado por
Rubene Guirauta

EDICIONES

el

cilindro

www.elcilindro.com

Título: El metal de la Luna

Título original: *The Moon Metal*

Primera edición en inglés: 1900

Primera edición en español: abril de 2021

Esta edición: junio de 2023

Colección: Clásicos de la ciencia ficción 01

Traductor: Rubene Guirauta

Imagen de portada: *Near side of the Moon* (NASA)

© Ediciones El Cilindro

Todos los derechos reservados sobre textos, traducción, mapa y cubierta

Prohibida la reproducción de cualquier parte de esta publicación, así como su transmisión o almacenamiento por ningún medio, sin permiso previo de los titulares de los derechos de autor. Una traducción literaria es una obra derivada y goza de los derechos de autor que otorga la Ley de Propiedad Intelectual.

EDICIONES

el cilindro

www.elcilindro.com

ÍNDICE

EL METAL DE LA LUNA	5
I. EL ORO DEL POLO SUR	5
II. EL MAGO DE LA CIENCIA	11
III. LA MINA DEL GRAND TETON	19
IV. LA RIQUEZA DEL MUNDO.....	25
V. MARAVILLAS DEL NUEVO METAL	31
VI. UN DESCUBRIMIENTO EXTRAÑO.....	35
VII. ¡UN VERDADERO MISTERIO!	41
VIII. MÁS DE LA MAGIA DEL DOCTOR SYX	45
IX. EL DETECTIVE DE LA CIENCIA	51
X. LA CIMA DEL GRAND TETON	57
XI. EXTRAÑO DESTINO PARA UNA COMETA	65
XII. MEJOR QUE LA ALQUIMIA	69
XIII. EL SAQUEO DE LA LUNA	77
XIV. EL FINAL DEL DOCTOR SYX	87
MAPAS Y FOTOGRAFÍAS	91
SERVISS, HONESTO Y CON LEVITA	95
SOBRE «EL METAL DE LA LUNA»	107
COLECCIÓN CLÁSICOS DE LA CIENCIA FICCIÓN	113

I. EL ORO DEL POLO SUR

CUANDO LLEGÓ LA NOTICIA DEL DESCUBRIMIENTO DE ORO EN EL POLO Sur, nadie sospechó que estaba comenzando una nueva era en la historia del mundo. Los vendedores de periódicos gritaban «¡extra!», como lo habían hecho miles de veces en los asesinatos, las batallas, los incendios y los pánicos de Wall Street. Pero nadie se agitó demasiado. De hecho, los informes parecían al principio tan exagerados e improbables que casi nadie se creía una palabra de ellos. ¿Quién iba a dar crédito a un despacho enviado por cable desde Nueva Zelanda y firmado por un nombre desconocido, que contenía una declaración como ésta?:

«Se ha encontrado una veta de oro a menos de diez millas del Polo Sur que se podría cortar como mantequilla.»

La conquista del Polo Sur mismo había sido anunciada tres años antes¹, y se sabía que varias partidas científicas estaban explorando el notable continente que lo rodea. Pero, aunque habían enviado a casa muchos informes muy interesantes, no había nada que sugiriera la posibilidad de un descubrimiento tan sorprendente como el que ahora se anunciaba. En consecuencia, la mayoría de las personas sensatas consideraron el mensaje de Nueva Zelanda como un bulo.

Pero al cabo de una semana, y de una fuente diferente, apareció otro cable que confirmaba con creces el primero. Declaraba que existía oro cerca del Polo Sur en cantidad prácticamente ilimitada. Algunos geólogos decían que esto explicaría la mayor profundidad

¹ Serviss ambienta esta novela hacia el año 1940, así que supone que el Polo Sur no se alcanzaría hasta 1937. *El metal de La Luna se publicó en 1900*. Por aquel entonces aún no se había alcanzado una latitud más allá de 78 °S (*Expedición Southern Cross*). El Polo Sur lo conquistaría en la realidad el noruego Roald Amundsen en 1911.

del Océano Antártico. Siempre se había notado que el hemisferio sur parecía ser levemente más pesado. La gente empezó a aguzar el oído y aparecieron muchas cartas en los periódicos consultando sobre las maravillosas noticias del sur. Algunos pedían información sobre la ruta más corta hacia los nuevos yacimientos de oro.

Al poco tiempo llegaron varios informes adicionales, algunos vía Nueva Zelanda, otros vía Sudamérica, todos confirmando en todos los aspectos lo que se había enviado previamente. Luego, un periódico de Nueva York fletó un veloz barco de vapor hacia la Antártida, y cuando este audaz diario publicó un cable de cuatro páginas describiendo los descubrimientos en detalle, toda duda se desvaneció y comenzó la fiebre.

Algún día describiré las salvajes escenas que se produjeron cuando, por fin, los habitantes del hemisferio norte se convencieron de que existían ilimitadas reservas de oro en los páramos, no reclamados y deshabitados, que rodean el Polo Sur. Pero, por ahora, tengo algo más maravilloso que contar.

Permítanme describir brevemente la situación.

Durante muchos años la plata no se había usado en el mundo para acuñar moneda. Su creciente abundancia la hacía inadecuada para usarse como dinero, especialmente al compararla con el oro. La llamada «Fiebre de la Plata», que había hecho estragos en la última década del siglo XIX, era ya un incidente olvidado de la historia financiera. El patrón oro se había convertido en algo universal, y los negocios de todo el mundo se habían ajustado a ello. Los engranajes de la industria financiera funcionaban con precisión y no parecía haber posibilidad de perturbaciones ni interrupciones. El sistema monetario común que prevalecía en todas partes fomentaba el comercio y facilitaba el intercambio de productos. Los viajeros nunca tenían que preocuparse por las divisas. Cualquier moneda aceptada en Nueva York conservaba su valor nominal en Londres, París, Berlín, Roma, Madrid, San Petersburgo, Constantinopla, El Cairo, Jartum, Jerusalén, Pekín o Yeddo. Era realmente una «Edad de Oro», y el mundo nunca había estado tan libre de tormentas financieras.

En este apacible escenario, los descubrimientos de oro en el Polo Sur irrumpieron como una tempestad imprevista.

Yo me encontraba en compañía de un famoso presidente de banco cuando la confirmación de esos descubrimientos llenó de repente las calles con los gritos de los vendedores de periódicos.

—¡Tráigame uno de esos periódicos! —dijo, y un obediente oficinista salió corriendo.

Mientras examinaba el periódico, su rostro se ensombreció.

—Me temo que es muy cierto —dijo al final—. Sí, parece que no hay forma de evitarlo. El oro va a ser tan abundante como el hierro. Si no hubiera tal avalancha, podríamos arreglárnoslas, pero cuando empiecen a fabricar botones para pantalones con el mismo metal que ahora está encerrado y custodiado en bóvedas de acero, ¿cuál será el refugio de valor de nuestra economía? Mi querido amigo —continuó, poniendo impulsivamente su mano en mi brazo— ¡estoy tan deseoso de afrontar el fin del mundo como esto que se avecina!

—¿Tan malo le parece, entonces? —pregunté—. La mayoría de la gente no estaría de acuerdo con usted. Lo considerarán una muy buena noticia.

—¿Cómo puede ser buena? —estalló—. ¿Qué tenemos para sustituir al oro? ¿Podemos volver a la época del trueque? ¿Podemos sustituir las cajas fuertes del Tesoro por corrales de ganado y cajones de trigo? ¿Puede existir el comercio sin un medio común de intercambio?

—La verdad es que parece serio —asentí.

—¡Serio! Le digo que esto es el diluvio.

Entonces se puso el sombrero y cruzó a toda prisa la calle para dirigirse a la oficina de otro célebre banquero.

Sus premoniciones de desastre resultaron estar muy bien fundadas. Los depósitos de oro del Polo Sur eran más ricos de lo que los informes más descabellados habían descrito. Los envíos de metal precioso a América y Europa pronto se hicieron enormes -tan enormes que el metal dejó de ser precioso-. El precio del oro cayó como una piedra, con velocidad acelerada, y antes de un año todos

los centros financieros del mundo habían sido barridos por el pánico. El oro era más común que el hierro. Todos los gobiernos se vieron obligados a eliminar el patrón oro, pues una vez que el oro había caído en el desprecio era aún menos valioso a los ojos del público que el papel moneda. Por una vez, el mundo había aprendido la lección de que demasiado de algo bueno... es aún peor que nada de ello.

Entonces alguien encontró un nuevo uso para el oro inventando un proceso por el cual podía ser endurecido y templado. Adquiría una maravillosa dureza y elasticidad manteniéndose libre de corrosión. Así que rápidamente reemplazó al acero.

Mientras tanto, se hizo todo lo posible para apuntalar el crédito. Los intentos por encontrar un sustituto del oro fueron interminables. Los químicos lo buscaban en sus laboratorios y los minerólogos en las montañas y desiertos. El platino podría haber servido, pero también se había convertido en inútil al mercado por el descubrimiento de inmensos depósitos. De la veintena de elementos más raros y valiosos que el oro, como el uranio, el galio etcétera, no se encontró ninguno que respondiera al propósito. En suma, se hacía evidente que tanto el oro como la plata se habían vuelto demasiado abundantes para servir de patrón monetario y que el planeta no tenía ningún metal adecuado para ocupar su lugar.

Todo el sistema monetario del mundo debía ser reajustado, pero mientras tanto era seguro que se desmoronaría. De hecho, ya lo había hecho. El único recurso era el papel moneda, pero tanto si se fundamentaba en la agricultura como en la minería o la manufactura, era demasiado volátil, tanto entre una y otra nación como dentro del mismo país entre años sucesivos. Las exportaciones e importaciones prácticamente cesaron. Los créditos no tuvieron respaldo, el comercio pereció, y el mundo, de golpe, parecía haber vuelto, financiera e industrialmente, a una edad oscura.

Se hizo un último esfuerzo. Se reunió un gran congreso financiero en Nueva York. Participaron en él representantes de todas las naciones. Los más capaces economistas de Europa y América unieron su genio y experiencia para resolver aquel inmenso proble-

ma. Los distintos gobiernos se comprometieron solemnemente a acatar la decisión del congreso.

Pero, después de emplear meses de duro pero infructuoso trabajo, ese organismo no estaba más cerca del final de su empresa que cuando se había reunido por primera vez. El mundo entero esperaba su decisión conteniendo la respiración. Sin embargo, no se adoptaba ninguna.

En esta crisis paralizante, un acontecimiento inesperado abrió de repente un nuevo camino.

MUESTRA

II. EL MAGO DE LA CIENCIA

UN ASISTENTE ENTRÓ EN LA SALA DONDE ESTABAN REUNIDOS LOS atribulados economistas y entregó una tarjeta de visita de aspecto peculiar al presidente, el señor Boon. El presidente tomó la tarjeta en su mano y al instante quedó absorto en ella. Tan absorto estaba que Herr Finster, el célebre banquero de Berlín, que había estado tratando de dirigirse a él durante las últimas dos horas desde el extremo opuesto de la larga mesa, se enfurruñó y se dejó caer en su asiento, enrojecido de enfado y con una expresión de lo más herida. Pero el presidente Boon no le prestaba atención, solo se lo prestaba a la singular tarjeta, que continuaba girando una y otra vez, balanceándola sobre sus dedos. La sostenía primero con el brazo extendido y luego cerca de su nariz, con un ojo entrecerrado como si estuviera tratando de mirar por un agujero a su través.

Finalmente, esta conducta errática del presidente atrajo las miradas hacia la tarjeta y, pronto, todos compartieron el interés del señor Boon. En forma y tamaño, la tarjeta no era extraordinaria, pero estaba compuesta de metal. ¿De qué metal? Esa pregunta había surgido inmediatamente en la mente del señor Boon cuando la tarjeta llegó a su mano y ahora todos los demás se unieron a su cavilación. Claramente no era estaño, latón, cobre, bronce, plata, aluminio -aunque su ligereza podría sugerirlo- ni tampoco alguna aleación de oro.

El presidente, aunque hábil metalúrgico, confesó su incapacidad para decir de qué se trataba. Estaba tan concentrado en examinar el curioso trozo de metal que olvidó que era la tarjeta de presentación de un visitante y ni siquiera buscó el nombre que debía de llevar escrito.

Mientras sostenía la tarjeta en alto para obtener una mejor visión de ella, un rayo de sol penetró por la ventana y cayó sobre el metal, que instantáneamente floreció con colores exquisitos. Al estar la silla del presidente en el extremo más oscuro de la habitación, la tarjeta pareció irradiar impregnando la atmósfera con un tenue tinte rosado, que se alternaba vívidamente con amarillo y violeta. El efecto sobre aquellos inteligentes y serenos economistas fue en verdad notable. El metal desconocido pareció ejercer una especie de influencia hipnótica. Sus suaves tonos se fusionaron en una armonía cromática que cautivó su atención, como si escucharan una canción perfectamente interpretada. Gradualmente, todos se reunieron en un grupo impaciente alrededor de la silla del presidente.

—¿Qué puede ser? —pasaba de boca en boca.

—¿Alguna vez habían visto parecido? —preguntó el señor Boon por vigésima vez.

Ninguno de ellos había visto nunca algo parecido. Un hechizo cayó sobre la asamblea. Durante cinco minutos nadie habló, mientras el señor Boon continuaba persiguiendo el intermitente rayo de sol parpadeante con la maravillosa tarjeta. De repente, una voz que tenía incluso un toque de terror rompió el silencio:

—¡Este metal me tiene atontado!

Quien habló era un financiero inglés, primer lord del Tesoro, el honorable James Hampton-Jones, caballero comendador de la Orden del Baño. Inmediatamente todos se hicieron eco de su comentario, y aliviados así de la tensión, el hechizo se desvaneció y algunos estallaron en carcajadas por su hipnosis momentánea.

El presidente Boon se recobró de su estupor y, sonrojado levemente, colocó la tarjeta sobre la mesa para ver más claramente el nombre. En letras rojas sencillas destacaba con una claridad tan sorprendente que el señor Boon se preguntó por qué lo había pasado por alto durante tanto tiempo: «DR. MAX SYX».

—Indíqueme al caballero que entre —dijo el presidente, y en ese momento su asistente abrió la puerta.

Todos miraron fijamente al propietario de la misteriosa tarjeta mientras entraba. Medía varias pulgadas por encima de los seis pies². Su tez era muy oscura, sus ojos de negro intenso, brillantes y hundidos, sus cejas tupidas y rizadas hacia arriba en las puntas. El negro cabello estaba muy recortado y sus orejas eran estrechas, puntiagudas en la parte superior y prominentes. Usaba bigotes engomados, que cubrían solo la mitad del ancho de su labio y se proyectaban puntiagudos hacia los lados, mientras que una barba oscura, también en punta, adornaba la mitad de su barbilla.

Sonrió mientras avanzaba con confianza, con una reverencia cortés. Aunque lucía una sonrisa muy desconcertante, porque medio recordaba a una mueca de desprecio. Esta persona tan poco común no esperó a que se dirigieran a ella.

—He venido a resolver su problema —dijo frente al presidente Boon, que había hecho girar su silla.

—¡El metal! —exclamaron todos en un suspiro unánime y entusiasta, que los hubiera asombrado de ser espectadores en lugar de actores de la escena.

El alto desconocido hizo una reverencia y volvió a sonreír:

—Así es —dijo—. ¿Qué opinan de él?

—¡Es bello!

De nuevo la réplica provino de todas las bocas hablando al unísono. Si quienes hablaban hubieran sido espectadores se hubieran cuestionado por qué pronunciaban instantánea y unánimemente que era bello algo que ni siquiera habían visto. Pero todos sabían que sí lo habían visto, pues instintivamente sus mentes volvieron a la tarjeta y reconocieron en ella el metal. El hechizo hipnótico pareció caer una vez más sobre la asamblea, porque los economistas no sintieron nada notable en el siguiente acto del desconocido, que fue tomar una silla sin ser invitado a la mesa y asumir la presidencia con tanta naturalidad como si acabara de ser elegido para ese puesto. Todos esperaron a

² Un pie mide 30.5 cm y una pulgada 2.5 cm. Así, el doctor Syx se acercaba a los dos metros de estatura.

que hablara y, cuando abrió la boca, le escucharon expectantes y conteniendo el aliento.

Sus palabras fueron pronunciadas exquisitamente, pero había alguna peculiaridad, ya fuera en su voz o en su forma de expresarse, que a todos los oyentes les pareció que denotaba su origen extranjero. Pero ninguno de ellos pudo ubicarlo satisfactoriamente. Ni los americanos, ni los ingleses, ni los alemanes, ni los franceses, ni los rusos, ni los austriacos, ni los italianos, ni los españoles, ni los turcos, ni los japoneses, ni los chinos presentes en la reunión pudieron decidir a qué raza o a qué nacionalidad pertenecía el desconocido.

—Este metal —comenzó, tomando la tarjeta de la mano del señor Boon— lo he descubierto y le he puesto nombre. Lo llamo «artemiso». Puedo producirlo, en su forma pura, con la suficiente abundancia como para sustituir al oro, dándole el mismo valor relativo que éste poseía cuando era el patrón universal.

Mientras el doctor Syx hablaba, chasqueó la tarjeta con la uña del pulgar y ésta vibró con matices cambiantes como un colibrí que revolotea sobre una flor. Parecía esperar una respuesta, y el presidente Boon preguntó:

—¿Qué garantía puede dar de que el suministro será adecuado y continuo?

—Acompañaré a una comisión de este congreso a mi mina en las Montañas Rocosas donde, anticipando estos sucesos, he acumulado suficiente artemiso refinado como para proveer a cada país civilizado de una cantidad de moneda equivalente a la que antes tenía en oro. Allí puedo mostrarles mi capacidad para mantener la producción.

—Pero, ¿cómo sabemos que este metal suyo responderá a las necesidades?

—Pruébenlo —fue su lacónica respuesta.

—Hay otra dificultad —prosiguió el presidente—. La gente no aceptará un nuevo metal en lugar del oro a menos que esté convencida de que posee el mismo valor intrínseco. Primero deben familiarizarse con él, y debe ser lo suficientemente abundante y

deseable como para ser utilizado con moderación en las artes, al igual que lo fue el oro.

—Ya he previsto todo eso —dijo el desconocido, con una de sus desconcertantes sonrisas—. Le aseguro que no habrá problemas con la gente. Estarán ansiosos por conseguir y utilizar el metal. Permítanme mostrarles.

Se dirigió a la puerta y regresó inmediatamente con dos asistentes negros que portaban una gran bandeja llena de artículos moldeados en el mismo metal en que estaba hecha la tarjeta. Todos los financieros se pusieron en pie con exclamaciones de sorpresa y admiración y se reunieron en torno a la bandeja, cuyo deslumbrante contenido iluminaba el rincón de la habitación donde había sido colocada como si la luna brillara desde allí.

Había jarrones elegantemente moldeados, adornados con figuras artísticas grabadas en bajorrelieve y brillando con delicados colores que destellaban ondulantes al menor movimiento de la bandeja. Tazas, alfileres, anillos, pendientes, cadenas para reloj, peines, tachuelas, relicarios, medallas, vajillas, monedas... en resumen, casi todos los artículos en los que se han empleado metales preciosos se mostraban con profusión, y todos ellos estaban compuestos por el nuevo y extraño metal que todos los presentes declararían que era más espléndido que el oro.

—¿Creen que esto responde a la cuestión? —preguntó el doctor Syx.

—Lo creemos —fue la respuesta unánime.

Volvieron a tomar asiento en la mesa, con la bandeja y su magnífico conjunto colocada en su centro. Esa exhibición tuvo una notable influencia. La confianza renació en el pecho de los financieros. Los oscuros nubarrones que los oprimían se disiparon y la perspectiva se hizo decididamente más brillante.

—¿Qué condiciones exige? —preguntó al fin el señor Boon, frotándose alegremente las manos.

—Debo tener protección militar para mi mina y para los trabajos de extracción—respondió el doctor Syx—. Pediré como beneficio el uno por ciento sobre la cantidad en circulación, junto

con el privilegio de disponer de una cierta cantidad del metal -que será limitada por un acuerdo- para su uso en las artes. Del producto de esta venta pagaré el diez por ciento al gobierno, en consideración por su protección.

—¡Pero —exclamó el presidente Boon— eso le convertirá en el hombre más rico que jamás haya existido!

—Sin duda —fue la respuesta.

—Bueno... —añadió el señor Boon, abriendo más los ojos a medida que iba siendo consciente de las implicaciones— ... ¡usted se convertirá en el dictador financiero del planeta!

—Sin duda —respondió de nuevo el doctor Syx, impasible—. Eso es lo que pretendo ser. Mi descubrimiento me da derecho a no menos que eso. Pero, recuerden, me someto a la inspección y restricción del gobierno. No se me permitirá inundar el mercado, aunque yo no estaría dispuesto a hacerlo, pues mi propio interés me limita. Me conviene que el artemisio, una vez adoptado, mantenga su valor estable.

Una sombra de duda cruzó de repente el rostro del presidente.

—Suponga que se descubre su secreto —dijo—. Seguramente su mina ya no sería la única. Si usted, en tan poco tiempo, ha sido capaz de acumular tan inmensa cantidad del nuevo metal, debe de ser extremadamente abundante. Otros lo descubrirán y, entonces, ¿no estaremos igual que ahora?

Mientras el señor Boon pronunciaba estas palabras, los que observaban al doctor Syx (mientras el presidente no lo hacía) parecían animalillos cuyos ojos asustados se fijaban en una bestia salvaje que se preparaba para saltar. Cuando el señor Boon dejó de hablar, se volvió hacia el visitante, y al instante sus labios se separaron y su rostro palideció.

El doctor Syx se había erguido en toda su estatura y sus rasgos estaban distorsionados por esa peculiar sonrisa burlona que ahora había regresado con una expresión concentrada de desdén y de confianza en sí mismo.

—¿Se concederán esta oportunidad o no? —preguntó con voz seca y dura—. ¿Qué pueden hacer? Sólo yo poseo el secreto que

puede restaurar la industria y el comercio. Si rechazan mi oferta, ¿creen que tendrán otra?

El presidente Boon encontró voz para responder, tartamudeando:

—Yo no pretendía sugerir un rechazo de la oferta. Sólo quería preguntarle si creía probable que no se repitiera lo ocurrido después de que se encontrara oro en el Polo Sur.

—La Tierra bien podría estar llena de mi metal —respondió el doctor Syx, casi con fiereza—, pero mientras sólo yo posea el conocimiento para extraerlo, ¿tiene más valor que el barro común? Pero, digan, —añadió, tras una pausa y suavizando sus modales—, tengo también otras opciones. ¿Emprenderán, como representantes de las principales naciones, la introducción del artemisio como sustituto del oro, o no?

—¿No podemos tener un tiempo para deliberar? —preguntó el presidente Boon.

—Sí, una hora. Dentro de ese tiempo volveré para conocer su decisión —respondió el doctor Syx, levantándose y preparándose para partir—. Dejo estos objetos —señalando la bandeja— bajo su custodia. Confío en que su decisión será sabia.

Su curiosa sonrisa curvó de nuevo sus labios elevando las puntas de su bigote, y la influencia de esa sonrisa permaneció en la habitación cuando ya había cerrado la puerta tras de sí. Los economistas se miraron unos a otros durante varios minutos en silencio, y luego se volvieron hacia el metal chispeante que llenaba la bandeja.

III. LA MINA DEL GRAND TETON

LEJOS, EN LA FRONTERA OCCIDENTAL DE WYOMING, EN EL CORAZÓN casi inaccesible de las Montañas Rocosas, tres poderosos hermanos, «Los Grandes Tetones», se asoman perpendicularmente al ojo azul del Lago Jenny, que está situado en el fondo de Jackson Hole, un gran valle entre las montañas. Apoyándose unos en otros, estos llamativos picos elevan sus agujas de granito desde los 12 000 hasta los casi 14 000 pies bajo una cúpula azul, allí, en la cresta del continente. Sus laderas, y especialmente las del mayor, el Grand Teton, están sur-cadas de glaciares, que brillan engalanados de plata cuando el sol de la mañana sale por encima del caos salvaje de montañas que se extiende al este del valle.

Cuando los primeros hombres blancos penetraron en esta maravillosa región (y uno de ellos dio el nombre de su esposa al lago Jenny), se sintieron intimidados por el Grand Teton. Se les ponía la carne de gallina, pese a estar tan acostumbrados a trepar las gargantas de las montañas y los bordes de inmensos precipicios, cuando miraban hacia la cima, desde la que los acantilados descienden encadenándose. Se imaginaban aferrándose por su vida a esas almenas de cielo.

Pero cuando, en 1872, los señores Stevenson y Langford alcanzaron por fin la cima del Grand Tetón -los únicos miembros que lo consiguieron de un grupo de nueve escaladores experimentados que habían partido juntos desde la base- encontraron allí un pequeño parapeto rectangular, construido apilando rocas, de seis o siete pies de ancho y tres de altura, que mostraba evidencias de gran antigüedad y señalaba que los pieles rojas, con propósito desconocido, habían alcanzado la cima de este tremendo pico mucho antes de que los hombres blancos invadieran sus montañas. Sin embargo, ni los indios

ni los blancos llegaron a conquistar realmente el Grand Teton, ya que por encima del punto más alto que alcanzaron se eleva un contrafuerte de granito, cuyas lisas caras verticales parecen desafiar a todo, salvo a las alas.³

Serpenteando por el valle cubierto de salvias de Jackson Hole corre el río Shoshone, o río Snake, que nace en el lago Jackson en el extremo norte de la cuenca y luego, como si se amilanara ante la amenazante silueta de los Tetones, cuyas moles bloquean su avance, se desvía cien millas rodeando los contrafuertes de esta cordillera antes de encontrar un camino más sencillo a través de Idaho hasta el río Columbia y el Océano Pacífico.

En una mañana de julio, aproximadamente un mes después de la visita del doctor Max Syx a los financieros reunidos en Nueva York, un grupo de veinte jinetes, siguiendo un sendero de montaña, llegó al lado oriental de Jackson Hole. Deteniéndose en un altozano, con exclamaciones de asombro, divisaron a través de la gran depresión, más allá de los brillantes meandros del río Snake, las imponentes formas de los Tetones, cuyos acantilados, rayados de hielo, destellaban bajo la luz del sol. Incluso los impasibles caballos broncos que montaba el grupo levantaron la cabeza con curiosidad y resoplaron, como si también les asombrara el magnífico espectáculo.

Alguien familiarizado con el lugar habría notado algo que, para su mente, habría sido más sorprendente que el espectáculo de las montañas en su baño de sol matutino. Por encima de una de las abruptas gargantas que cortan las laderas más bajas de los Tetones se extendía una espesa humareda negra que, mecida por una brisa pasajera, oscurecía los precipicios hasta la mitad de altura del pico.

¿Se había convertido el Grand Teton en un volcán? Ciertamente, ninguna partida de caza o de exploración podía hacer una humareda

³ La espectacular cordillera es hoy un Parque Nacional, muy cercano al de Yellowstone. El mayor de los picos de la cadena, el Grand Teton tiene 13 775 pies de altura, 4199 metros. La cima secundaria fue escalada en 1872, como se cuenta, pero la principal no lo fue hasta 1898. Se alza 2000 metros casi verticalmente desde el valle, Jackson Hole. Se incluyen en esta edición, tras la novela, dos mapas y tres fotografías.